

Módulo 2: el Anarquismo.

- **Los orígenes del anarquismo en España.**

Entre 1870 y 1939 el anarquismo fue, casi de forma exclusiva, la principal ideología de un movimiento obrero español fundamentalmente concentrado en dos puntos de la península: las comarcas agrarias de Andalucía (Maurice, 1990) y la zona industrial catalana (Romero Maura, 1989; Ealham, 2005). Desde la Primera Internacional (1864), España se erigió en bastión bakuninista desde la introducción de las ideas libertarias por parte del napolitano Giuseppe Fanelli en 1868. Además de en territorio hispano, fueron Italia y Suiza lugares donde el anarquismo consiguió un importante seguimiento, sin embargo, más adelante España se convertiría en el último reducto frente al avance del socialismo y el comunismo.

Los primeros pasos del anarquismo se dieron en España en 1870 a raíz del Congreso celebrado en Barcelona, en el cual se debatió, entre otros asuntos, la afiliación a la Primera Internacional (AIT). El sindicalismo obrero llevaba ya articulándose desde hacía varias décadas como resultado natural del desarrollo industrial que experimentaba -de manera algo tardía- el país. Cabe señalar que los primeros treinta años del obrerismo en España no fueron precisamente sencillos, pues a excepción del tiempo en que gobernó el partido Progresista (1854-1856), el asociacionismo obrero estuvo prohibido, desarrollándose bajo las dificultades de una clandestinidad impuesta por las autoridades.

Días antes del congreso de Barcelona, los internacionalistas de Madrid organizaron una conferencia en la cual se trató de ir analizando punto por punto la posición antipolítica de Bakunin, tesis que finalmente triunfó frente a las posiciones socialistas y marxistas que defendían la participación del movimiento obrero en la política institucional. El resultado de los debates fue el convencimiento pleno de la inutilidad de la política, por estar ésta sometida a la voluntad de la burguesía (clase alta y la clase media), siendo la única estrategia viable “la organización del trabajo” (Álvarez Junco, 1976; López Escudillo, 2002). En el Congreso la tarea de ponerse de acuerdo fue sin duda más compleja pues existían tres sectores diferenciados: el bakuninista, el sindicalista y el cooperativista. Algunas de las cuestiones debatidas en el congreso fueron: la resistencia obrera (frente a la cooperación), la cooperación como instrumento (no encaminada a la emancipación), y la organización de los trabajadores. En resultado de la votación dejó un amplio triunfo al anarquismo libertario, que fue imponiendo desde entonces sus criterios políticos, contando con personajes destacados como Anselmo Lorenzo (Lorenzo, 2008), o el republicano federal Fermín Salvochea, gran divulgador del anarquismo en el sur peninsular (Maurice, 1990).

Tras el golpe de Pavía en 1874, la Federación Regional española de la AIT pasó a una forzosa clandestinidad que duró hasta 1881. Para algunos esto supuso el paso definitivo para que muchos trabajadores dejasen de considerar la política institucional como una vía factible a través de la cuál materializar sus peticiones y deseos. La escisión entre bakuninistas (anarco-colectivistas) y marxistas se evidenció en 1881 con la fundación de la Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE), “una organización del proletariado anárquico-colectivista español que desea la abolición de todos los poderes, el desgobierno” (Vicente, 2014). La vida de la organización no fue, en cualquier caso, demasiado prolongada pues tras

los escándalos relacionados con «La Mano Negra», la FTRE fue disuelta en 1888 (Diego Caro, 2009).

En la década siguiente, y en una línea similar a lo que sucedía en el resto de Europa, el anarcocomunismo y el terrorismo individualista prosperó en claro detrimento del anarcosindicalismo. La consolidación del sistema de la Restauración (conservador en lo político, fraudulento en lo electoral y represivo en lo social) y la prohibición de las organizaciones obreras que se vieron obligadas a funcionar en la clandestinidad, favoreció la violencia política de tipo individual: se inauguró una época dominada por los atentados, el *petardismo* como forma de protesta y las agresiones contra propietarios y esquirols. Es más, se va a popularizar la doctrina de “la propaganda por el hecho”, y los atentados y magnicidios: en España, además de diversos atentados a la monarquía, serían asesinados los presidentes Antonio Cánovas (1897), José Canalejas (1912) y Eduardo Dato (1921) (Avilés, Herrérin, 2010).

Esta etapa de anarquismo desorganizado e individualista dejó como frutos una sensación de miedo e inseguridad fruto de las cíclicas espirales de violencia, y escasos resultados prácticos. El estado liberal (considerado opresor y represivo), no iba a desaparecer a golpe de atentado. La revolución no triunfaría con dinamita. Esto propició que el anarcosindicalismo fuese ganando protagonismo en detrimento de un anarquismo individualista de corte nihilista.

En este contexto, la fundación de la CNT en 1910 no fue un hecho repentino, sino que fue resultado de un proceso de asociacionismo obrero y progresiva toma de conciencia. En 1904 diversas organizaciones obreras fundaron la Unió Local de Societats Obreres de Barcelona que más tarde integrarían Solidaridad Obrera (1907), que tuvo una activa participación en los sucesos de la “Semana Trágica” de 1909, y constituyó el más claro precedente de la Confederación Nacional del Trabajo, CNT, fundada en 1910.

- **El “ideal” y el movimiento social.**

Para comprender históricamente el movimiento anarquista resulta necesario diferenciar entre el anarquismo como ideología, y el anarquismo como movimiento social. Y es que el anarquismo desatacó por una gran diversidad de matices: el anarquismo no fue un todo cerrado, sino diverso y poliédrico. Tal realidad es, al mismo tiempo, síntoma y resultado inequívoco de la propia naturaleza libertaria y adogmática que le caracteriza (Álvarez Junco, 1976). El anarquismo español -a diferencia de las corrientes marxistas, mucho más estructuras ideológicamente-, no llegó nunca a concretarse en una línea teórica cerrada, sino que abogó por mantener viva la llama del ideal. Una de las ideas fundamentales sobre las que se asentó el anarquismo en España fue la de la defensa radical de la libertad. Baste con decir que los anarquistas se autodenominaron libertarios para comprobar el verdadero alcance de dicha idea, llegando a erigir la idea de libertad en una suerte de sinónimo de anarquismo. No debe extrañarnos entonces la gran influencia que para los anarquistas españoles tuvo Joseph Proudhon, teórico que afirmaba que el ser humano siempre tiene el deseo de autogobernarse y alcanzar la libertad plena.

Para los anarquistas la libertad fue entendida siempre desde el marco individual. El individuo -considerado por Bakunin como fin en sí mismo- tiene el derecho inalienable de

buscar la verdad a través de la libertad. La libertad se erigió de este modo en una realidad capaz de superponerse a cualquier otra que se atreviera a coartarla de alguna forma. Sin embargo, Bakunin tenía miedo de los riesgos que podía implicar la atomización de la sociedad que podía derivarse de este tipo de planteamientos, por lo que afirmó en su obra *El Imperio knutogermánico y la revolución social* que “el hombre no llega a ser hombre y no alcanza ni la conciencia ni la realización de su humanidad más que en la sociedad, y solamente por la acción colectiva de la sociedad entera; se emancipa del yugo de la naturaleza exterior solo por el trabajo colectivo o social, el único capaz de transformar la superficie de la tierra en una morada favorable al futuro de la humanidad”. Los elementos que armonizaban la vertiente individual y la comunitaria eran para él los derechos naturales y el federalismo, pero éstos jamás incluyeron la autoridad y la fuerza que esta emplea habitualmente para limitar la libertad e independencia del individuo.

Puede observarse, a partir de estas ideas básicas, cómo el anarquismo se sustentaba en dos pilares fundamentales: la libertad y la sociedad sin estado. Tales planteamientos deben ser comprendidos como una crítica a la sociedad y el contexto histórico de la época. De la segunda de ellas, derivó el rechazo generalizado de la actividad política pues la consideraban como elemento clave a partir del cual se generaba y sustentaba una sociedad de clases, jerarquizada y desigual pues unos ostentaban el poder y la fuerza mediante los cuales reprimían al resto. En el contexto histórico de finales del siglo XIX, el Estado, como institución política, representaba la opresión, la jerarquía y el mantenimiento de las desigualdades sociales.

- **Joaquín Costa y el Anarquismo.**

Joaquín Costa (Monzón 1846-Graus 1911). El erudito montisonense se formó en el Instituto de Huesca donde fue partícipe de la fundación del Ateneo de dicha capital, involucrándose en los espacios de socialización de la vida cultural de la ciudad altoaragonesa, muy en la línea de lo que ocurría en el resto de zonas de provincia españolas. Después de concluir el Bachillerato, Costa hizo una carrera brillante en la Universidad de Madrid, donde se licenció en Derecho en 1872 y en Filosofía y Letras en 1873, para luego doctorarse en la carrera jurídica en 1874 y en Filosofía y Letras en 1875, muy habitual esta doble formación en la mayoría de universitarios que accedían a las carreras de Letras de la época. Nombrado oficial letrado, ocupó plaza en Cuenca pasando posteriormente a conseguir una plaza de la misma especialidad en Huesca. Desde entonces, su vida siguió un curso de casi exclusiva dedicación al trabajo intelectual, dando lugar a una serie de estudios a la vez que variados, originales y caracterizados por un gran rigor académico.

Sin embargo, Costa tuvo que renunciar a su verdadera ambición de juventud: llegar a ser catedrático de Universidad. Sus tendencias krausistas y su evidente republicanismo -en tiempos en que la Universidad estaba dominada por ultramontanos y en que se publicó el decreto de Orovio (1875) que limitaba la libertad de cátedra después del periodo del Sexenio Democrático-, hicieron que, aunque propuesto en terna por dos veces a la cátedra de Historia de España de la Universidad Central y a la de Derecho Político y Administrativo de la Universidad de Valladolid, nunca alcanzaría el éxito en este propósito (Peiró, 2014).

En el terreno de la Historia supo combinar sus conocimientos legales con un posicionamiento historicista, sus trabajos en el campo histórico fueron grandemente apreciados por los pioneros del profesionalismo de la ciencia histórica en España, es el caso del

Catedrático de la Universidad de Oviedo Rafael Altamira, el Catedrático de la Universidad Central Eduardo Ibarra o el Catedrático de la Universidad de Barcelona Andrés Giménez Soler.

Como hemos mencionado anteriormente, Joaquín Costa estuvo vinculado a la filosofía krausista, esta línea de pensamiento filosófico alemán introducida en España por Julián Sanz del Río impulsó el librepensamiento en España a través de la Institución Libre de Enseñanza (ILE). En este centro, con cuyo fundador Giner de los Ríos les unió una amistad muy estrecha, Costa explicó Historia de España y Derecho Administrativo. Fue importante su labor en el campo pedagógico, tomando parte como representante de la Institución en el Congreso Nacional Pedagógico de 1882. Su pasión por la educación se extendió a todas las edades y le mantuvo en contacto con la Extensión Universitaria y con el Ateneo de Madrid, de quien fue nombrado presidente de la Sección de Ciencias Históricas en 1895.

En otro ámbito, el polígrafo aragonés fundó la Liga de Contribuyentes de Ribagorza, a través de este organismo propugnó mejoras sociales y muy especialmente su política hidráulica. Bajo la bandera de la Liga fue candidato a elecciones en 1895-96. Su falta de éxito no le hizo desistir y, a raíz del desastre de 1898, creó la Liga Nacional de Productores para seguir promoviendo sus planes de reformas agrarias, municipales, económicas y administrativas. Posteriormente, se unió a Unión Republicana bajo la dirección de Nicolás Salmerón. Fue elegido diputado a Cortes por Gerona, Zaragoza y Madrid, pero no ocupó escaño. Se dio oficialmente de baja del Partido Republicano en 1906.

En todo momento Costa mantuvo constante su actividad académica, pero nunca consiguió el pleno reconocimiento universitario que merecía la notable calidad de su trabajo. En 1880 fue nombrado miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia. Más adelante, en 1884, fue vocal de la Comisión de Legislación Extranjera. Tres años después, en 1887, le invitaron a ser profesor de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, y en el mismo año, contribuyó al Congreso Jurídico de Barcelona. Finalmente, fue admitido en 1901 en la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Joaquín Costa se va a convertir en el máximo representante del movimiento regeneracionista que se gestará, entre otros motivos, por la pérdida de los últimos territorios de ultramar (Cuba, Filipinas, Puerto Rico y la isla de Guam). En palabras de José Carlos Mainer: "fue Joaquín Costa quien mejor había de representar la buena fe y las contradicciones inherentes al movimiento (regeneracionista), al entrar en él con una innegable voluntad política" (Mainer, 1982). Será, sobre todo a partir de 1898, cuando Joaquín Costa se obsesione con la decadencia española, criticando el sistema de partidos surgidos de la Restauración, proponiendo una serie de reformas que se pueden sintetizar en sus grandes proclamas que pasaran a la posteridad: "europeizar España", "escuela y despensa", "siete llaves al sepulcro del Cid" o "el cirujano de la mano de hierro".

En cuanto al balance final de su trayectoria, resultan determinantes sus actividades en el campo jurídico, político y sociológico. Además, fue muy destacado su posicionamiento sobre proyectos hidráulicos y su apuesta por una firme política colonial española en el norte de África (Fernández Clemente, 1995). La obra de Joaquín Costa es ingente, cerca de veinte títulos escribió el político montisonense. Aunque la mayor parte de sus escritos tienen carácter jurídico y son de gran enjundia, quizá los títulos más importantes, por la trascendencia posterior que tuvieron, fueron: *Oligarquía y Caciquismo* (1901), en donde criticaba el sistema de la Restauración; *Colectivismo agrario en España* (1898) en donde recopiló las tradiciones comunales y colectivistas en España; y *Política hidráulica: Misión social de los riegos en España*

(1911), planteando su defensa de los regadíos como modo de regeneración económica y social.

El 8 de febrero de 1911 fallecía Joaquín Costa en Graus. Ese mismo día y gracias a los telegramas enviados desde la localidad oscense, algunos diarios madrileños ya se hacían eco de la noticia de la muerte del político aragonés. Distintas personalidades reconocidas de la vida política nacional del primer tercio del siglo XX, enviaron sus condolencias y expresaron su dolor por el fallecimiento del ilustre político. Fue el caso de los futuros presidentes del gobierno Antonio Maura o el Conde de Romanones. El día 10 de febrero tuvo lugar el traslado de los restos de Costa que rumbo a Madrid salieron de Graus, pero fueron detenidos por los ciudadanos de Zaragoza en la estación del Arrabal e impidieron que el cuerpo de Costa se inhumara en el Panteón de Hombres Ilustres de Madrid. La capilla ardiente fue instalada en el Ayuntamiento de la capital del Ebro, lugar al que miles de personas fueron a honrar a su político. El velatorio de Joaquín Costa fue un auténtico fenómeno de masas en la ciudad de Zaragoza. El día 12, desde el Ayuntamiento, el féretro de Costa recorrió la Calle Alfonso, la actual Plaza España y de allí hasta el Cementerio de Torrero, lugar en el que posteriormente se levantó un magnífico mausoleo que se puede visitar hoy en día (Cheyne, 1992) (VVAA, 2017).

Tras la muerte de Costa, su obra se va convertir en objeto de mitificación por parte de todo tipo de corrientes ideológicas, que buscan en su figura el referente idóneo de sus distintos propósitos. Su actuación política es calificada por el sociólogo Alfonso Ortí de "Populista imaginario" porque participó de demasiadas contradicciones internas y externas (campesino-pequeña burguesía-proletariado, campo-ciudad, reforma-revolución...) para poder articular un discurso realmente popular y con posibilidades de triunfar en el entorno caciquil manejado por esa oligarquía a la que siempre criticó (Domingo Dueñas, 1999).

En este contexto, la figura de Costa se convertirá en referencia del regionalismo aragonés que se ha ido conformando en las últimas dos décadas del siglo XIX. En el primer tercio del siglo XX, tanto para la burguesía zaragozana conservadora y agrarista, como para los republicanos aragoneses autóctonos críticos del sistema de gobierno o como para la emigración en Barcelona, Costa es un símbolo que todos utilizan en sus postulados. La propia dictadura de Primo de Rivera buscará en Costa a un referente de sus políticas de inversión pública. Autoproclamado "cirujano de hierro" (expresión que utilizó Costa), Primo de Rivera inaugurará una estatua en su nombre en la localidad ribagorzana de Graus en 1929. Este hecho llevará a investigadores como Tierno Galván a hacer una interpretación sesgada de los textos de Costa. El que fuera alcalde de Madrid en los primeros años de la Transición, situó al político aragonés como uno de los precursores del fascismo en España (Tierno Galván, 1961). Posteriormente, los políticos de la II República también tendrán entre sus referentes a la figura del polígrafo aragonés, ya que en lo que concierne a sus políticas en el campo educativo y en las transformaciones agrarias, ponían a Costa en el centro del debate, y los postulados del erudito aragonés eran recogidos como justificadores de la política republicana. (Serrano Lacarra, 1999).

Pero la influencia de Costa no sólo se focalizó en posiciones regionalistas, republicanas o autoritarias. El marcado carácter comunalista y colectivista de algunas de sus obras (sobre todo en sus últimos años), llevó a que su figura fuese también contemplada como un referente del movimiento socialista y, sobre todo, del pensamiento libertario. Si bien es cierto que Costa desconocía las teorías socialistas de la época, Anselmo Lorenzo (fundador de CNT y uno de los referentes del anarquismo en España) llorará su muerte en la publicación anarquista *Tierra y Libertad* (Serrano Lacarra, 1999).

La relación entre Costa y el anarquismo tiene distintas interpretaciones. En el trabajo que realizaron los investigadores Maurice y Serrano a finales de la década de los setenta, definían a Costa como el “último retoño del anarquismo idealista decimonónico, que sueña con purezas y virtudes reales, con pacifismo e idilios (en la línea de Proudhon)”. Es difícil establecer paralelismos entre Costa y el movimiento libertario, ya que la figura de Costa es la de un erudito del siglo XIX ligado al republicanismo. Sin embargo, su programa político se establecía como una salvación moral, haciendo referencias a la raza y al genio del pueblo. Por lo tanto, Costa hace referencia al *volksgeist*, a la esencia del pueblo, a unos valores atribuidos a las tradiciones que idealizaban a un mundo que se estaba perdiendo.

Esta lectura de Costa hay que contextualizarla en la idea de un mundo que está cambiando (en lo social, en lo económico, en lo político), pero con una visión pesimista provocada por un mundo en crisis de valores desde la crisis finisecular de superproducción de los años 70 del siglo XIX. Este pensamiento está totalmente entroncado con los movimientos neorománticos y costumbristas, incluso con el movimiento liderado por William Morris denominado *Arts and Crafts*, una respuesta a la modernidad y sus aspectos más nefastos: industrialización desaforada, mutación de las relaciones y usos sociales o el pesimismo en el desarrollo de la política. En este punto se encuentran paralelismos entre la obra de Costa *Colectivismo Agrario en España* y la obra del filósofo anarquista Kropotkin *El apoyo mutuo*. El filósofo ruso hace referencia a “comunidades imaginarias”, a un supuesto bienestar del pueblo previo a la industrialización. En este sentido, se podría establecer un punto en común con Costa, ya que entroncaba claramente con el movimiento romántico: Kropotkin resultaría un híbrido entre tradición y progreso (Álvarez Junco, 1976) y, en este sentido, Costa también se situó en una línea muy cercana a la de Kropotkin, pues ambos creían que la industrialización trajo consigo la alienación de la sociedad, así como la perversión de una vida primitiva más sencilla, feliz y comunitaria. Para el político aragonés, la solución pasaba por negar esa sociedad burguesa, regresando al orden natural, pero implementando los beneficios del progreso sin cambiar el modelo de estado sólo su funcionamiento. Sin embargo, Kropotkin anhelaba la desaparición del estado, siendo ésta una de las señas de identidad del anarquismo. (Domingo Dueñas, 1999).

En definitiva lo que podemos apreciar en el pensamiento de Costa es una preponderancia de lo económico y social sobre lo político. Del mismo modo la política quedaba por detrás de la educación, pues para él la escuela y la despensa (economía) constituían la base de la política popular y el camino que debía recorrerse para reformar la mentalidad de los españoles y conseguir la deseada modernización (Domingo Dueñas, 2000).

- **Anarquistas aragoneses**

Aragón fue una tierra en la que el anarquismo tuvo gran arraigo, siendo especialmente importante en la ciudad de Zaragoza, el Bajo Aragón turolense y las comarcas por las que discurre el río Cinca: el Alto Gallego, la Hoya de Huesca y los Monegros. Un arraigo y creciente fortaleza sindical, que se verificó en numerosos conflictos sociales y laborales tanto en la capital como en el campo. En la década de 1910 los conflictos fueron recurrentes: en 1911, en 1916, en 1917, y en la gran huelga general de 1919 (entre el 29 de noviembre y el 11 de diciembre) que situó a Zaragoza con el mayor número de jornadas laborales perdidas a nivel nacional (Vicente, 1993). Con la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) la CNT tuvo que replegarse a la clandestinidad.

Con la II República el anarcosindicalismo aragonés recuperó su capacidad de acción, protagonizando diversas insurrecciones fallidas en el otoño de 1931, en febrero de 1932 y en diciembre de 1933, esta última como respuesta a la victoria electoral de la CEDA. En abril de 1934, un conflicto con los trabajadores del tranvía provocó una huelga general de treinta y cinco días que paralizó la ciudad. En mayo de 1936, la CNT contaba en Aragón con cerca de 30.000 afiliados, y Zaragoza se convirtió en sede del Congreso de la CNT, congregando a miles de asistentes y representantes del sindicato.

La CNT aragonesa -al igual que en el resto del Estado-, aglutinó una militancia heterogénea: campesinos y jornaleros, obreros de escasa cualificación (principalmente del sector de la construcción y servicios) como el epilense Agustín Remiro, un “hombre de acción”; pero también médicos (como los hermanos Alcrudo) o la cofundadora de la revista *Mujeres Libres*, Amparo Poch (Rodrigo, 2002); maestros y pedagogos como Francisco Ponzán, Félix Carrasquer, Evaristo Viñuales y el oscense Ramón Acín (Juan Borroy, 2013, 2017, 2020; Fontana, 2013; Sesma, 2005), o la maestra racionalista Antonia Maymón. También el escritor y traductor Francisco Carrasquer, y Ramón J. Sender, antes de aproximarse al Partido Comunista.

En cualquier caso, y debido a su protagonismo político, cabe destacar a Manuel Buenacasa Tomeo (1886-1964), Francisco Ascaso (1901-1936) y Joaquín Ascaso (¿1906?-1977).

Manuel Buenacasa destacó no tanto por su importancia como teórico del movimiento anarquista, sino por su capacidad organizativa en el seno del sindicato CNT. Exiliado en varias ocasiones, conoció en la década de 1910 a Vladimil Illich Lenin, al teórico anarquista Errico Malatesta y a Gandhi. Manuel Buenacasa ofreció su pluma a un gran número de periódicos y revistas anarquistas, y como incansable organizador y dirigente de la CNT, participó en la organización de importantes congresos.

El segundo de los anarquistas aragoneses más conocidos Francisco Ascaso (1901-1936). Nacido en Almudévar y procedente de una familia campesina de la provincia de Huesca, Francisco Ascaso estuvo ligado tempranamente a la CNT. Desde una temprana edad estuvo ligado a la CNT, a través de un grupo autodenominado *Los Justicieros* -luego *Los Solidarios*- donde entabló una férrea amistad con Durruti (Calvo, 2019). Francisco Ascaso representa el arquetipo del “hombre de acción”. Junto a Durruti, García Oliver y Ricardo Sanz, entre otros, se dedicaron durante 14 años a llevar a cabo la lucha anarquista mediante la acción terrorista: atentados -como el que acabó con la vida del cardenal Soldevila en 1923, en Zaragoza-, asaltos a bancos (“expropiaciones”), etc. Un modo de vida que le condujo a mantenerse en la clandestinidad y en continuo movimiento por toda Europa, envuelto en conspiraciones, cárceles y fugas (Calvo, 2019). El bando republicano perdió a uno de sus más fieros combatientes en los primeros días de la guerra, cuando el 20 de julio de 1936 sufrió una herida mortal de bala mientras luchaba en Barcelona contra los militares sublevados. Francisco Ascaso se convirtió en uno de los mártires del anarquismo español (Palacio, García, 2018).

El tercero de los anarquistas aragoneses que reflejamos aquí es Joaquín Ascaso (1906-1977). Primo de Francisco y Domingo Ascaso, Joaquín nació en Zaragoza y desde su juventud estuvo ligado a la CNT a través de grupos anarquistas como *Los Indomables* o *Los Solidarios* (Díez Torre, 2006). Como en el caso de Francisco, Joaquín Ascaso desarrolló su activismo a una edad muy temprana y tampoco dudó a la hora de adoptar las más crudas estrategias, aceptando lo que estas pudiesen conllevar: la cárcel y el exilio. Su papel en la década de los años 20 no fue nada desdeñable, encabezando numerosas huelgas y movilizaciones. Con la

dictadura de Primo de Rivera se exilia en Francia, regresando a España con la proclamación de la II República. Tras estallar la guerra civil, Joaquín Ascaso partió hacia el frente de Aragón, primero en la columna de Durruti y luego en la de Ortiz. En este contexto y durante una reunión de la CNT en la que se planificaba la defensa de la retaguardia, se consideró necesario la creación de un órgano regional de administración y coordinación, que fue, a la postre, el Consejo de Aragón. Esta entidad administrativa, primera controlada por los libertarios, contó con Joaquín Ascaso como único presidente durante el tiempo que prolongó su existencia.

Bibliografía:

Anselmo Lorenzo, [*El proletariado militante. Memorias de un internacionalista*](#), Fly, 2008.

Jacques Maurice, *El anarquismo andaluz. Campesinos y sindicalistas, 1868-1936*, Barcelona, Ed. Crítica, 1990.

Joaquín Romero Maura, *La rosa de fuego. El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*, Madrid, Alianza, 1989.

Chris Ealham, *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Madrid, Alianza, 2005.

José Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Siglo XXI, 1976, Madrid.

Laura Vicente, *Historia del anarquismo en España*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2014.

Antonio López Escudillo, «[El anarquismo español decimonónico](#)», *Ayer*, 45, 2002, pp. 73-104.

Diego Caro, «125 años de “La Mano Negra”: crímenes y represión sobre el movimiento obrero de Andalucía», [Andalucía en la historia](#), 25, 2009, pp. 54-59.

Juan Avilés, Ángel Herrerin, «[Propaganda por el hecho y propaganda por la represión: anarquismo y violencia en España a fines del siglo XIX](#)», *Ayer*, 80, 2010, pp. 165-192.

Ignacio Peiró, *Lucas de la Historia: Estudios de historiografía aragonesa*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 2014, Teruel.

José-Carlos Mainer, *Regionalismo, burguesía y cultura*, Zaragoza, Editorial Guara, 1982.

Eloy Fernández Clemente, *Sobre la Historia de Aragón y otros prólogos*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1995.

G. J. G. Cheyne, *Ensayos sobre Joaquín Costa y su obra*, Huesca, Fundación Joaquín Costa, 1992.

VVAA, *Zaragoza a Costa. Centenario de su mausoleo en el Cementerio de Torrero*, Ayuntamiento de Zaragoza, 2017, Zaragoza.

José Domingo Dueñas, «[Joaquín Costa y el Anarquismo](#)», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 16, pp. 39-54

Enrique Tierno Galván, *Costa y el Regeneracionismo*, Barcelona, Colección Vida Europa, 1961.

Carlos Serrano Lacarra, *Identidad y diversidad. Escritos sobre Aragón (1995-1999)*, Zaragoza, Rolde de estudios aragoneses, 1999.

José Domingo Dueñas, *Costismo y anarquismo en las letras aragonesas*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses, 2000.

Voz "[Joaquín Costa](#)" en la *Gran Enciclopedia Aragonesa on line* (GEA).

Laura Vicente, *Sindicalismo y conflictividad social: Zaragoza, 1916-1923*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1993.

Antonina Rodrigo, "Una Mujer Libre": Amparo Poch y Gascón: Médica Anarquista, Flor del Viento Ediciones, 2002.

Víctor-Manuel Juan Borroy, «[Un predicador en el desierto: Ramón Acín, pedagogo](#)», *Argensola*, 123, 2013, pp. 57-70

Victor-Manuel Juan Borroy, «"Tú eres antes que todo": la correspondencia entre Ramón Acín y Conchita Monrás», *Turia*, 120, 2017 pp. 251-257.

Víctor-Manuel Juan Borroy, *Ramón Acín. En cualquiera de nosotros un pedazo tuyo*, Huesca, Fundación Ramón y Katia Acín, 2020.

María Celia Fontana, «[El fascinante universo vital de Ramón Acín](#)», *Argensola*, 123, 2013, pp. 9-16.

Nicolás Sesma, «[Hasta más allá de la muerte: El proceso de responsabilidades políticas contra Ramón Acín y Conchita Monrás en la Huesca de la Guerra Civil](#)», *Rolde*, 114, 2005, pp. 26-37

Manuel Calvo, «[Francisco Ascaso y Los Solidarios: una acción continuada](#)», *Aportes: Revista de historia contemporánea*, Año 34, núm. 99, 2019, pp. 151-192.

Luis Antonio Palacio, Kike García, *La bala y la palabra. Francisco Ascaso (1901-1936). La vida accidental de un anarquista*, Madrid, LaMalatesta Editorial, 2018.

Alejandro R. Díez Torre, «Proyecto y guía regional del primer presidente aragonés del siglo XX», en Joaquín Ascaso, *Memorias (1936-1938). Hacia un nuevo Aragón*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2006, pp. VII-LII.